

Preludio

Me di cuenta que yo había ascendido al pueblo.
Chabuca Granda

Una de las compositoras más importantes de Latinoamérica, María Isabel Granda y Larco, más conocida como Chabuca Granda, nos dejó un legado poético-musical capaz de recorrer nuestras fibras más profundas como sujetos políticos, sexuales y finitos. Su obra puede servir como herramienta para comprender nuestra época y acompañar los ritmos turbulentos de la sexualidad.

Chabuca Granda nació en 1920 en el asentamiento minero de Cotabamba en Abancay, Perú, a 4800 metros sobre el nivel del mar; este rudo contexto inicial se debió al trabajo del padre como ingeniero de minas.

El frío de la puna peruana, que llevó a la muerte a su menor hermano a muy temprana edad, fue resignificado, sin embargo, por Chabuca, quien tornó el inhóspito paisaje en zona fértil para alojar una mirada amplia y benévola sobre los complejos trazos que dibujan nuestra accidentada y mestiza Latinoamérica:

He visto la luz muy cerca del Sol de los Incas, a las
nueve y treinta de una mañana soleada, entre vetas de
oro, amor y sacrificio.

Allí nací, soy pues, hermana soberbia y orgullosa de los cóndores, nací tan alto que solía lavarme la cara con las estrellas.

No sólo este contexto particular marca el comienzo de la vida de nuestra cantora, sino que además, a las pocas horas de nacida un incendio destruyó su casa:

Cuando yo nací se incendio la casita justo en pleno parto y uno de los obreros mineros atravesó la madera y me llevó a su casa. Jamás agradeceré suficiente haber nacido allí, me parece que tengo otra dimensión de mi país.

El primer compás en la vida de Chabuca queda signado, entonces, por esta suerte de desterritorialización del lugar en el que le hubiera tocado nacer por convención y por la fuerte estratificación social en el Perú.

La relación con Lima, amada ciudad a la que tanto canta, empieza a sus tres años de edad, cuando la familia Granda emprende camino de regreso a la capital. Hasta ese entonces Chabuca vestía con polleras indígenas, y su cuerpo llevaba impreso los sonidos de la lengua quechua hablada por sus niñas.

Sin embargo, así como el quechua, caía sobre Chabuca Granda la herencia colonial y sus imperativas voces que demandaban, en una mujer de la alta clase social limeña, encajar con el modelo estricto y restrictivo de mediados de un siglo, como el XX, marcado en el Perú por una extrema diferencia de clases. Así, siguiendo los parámetros convencionales, Chabuca se casó a los 22 años con Enrique Fuller y tuvo tres hijos; el matrimonio fue un fracaso, sobre él dijo:

yo detesté mi matrimonio, viví 10 años con la sonrisa ausente, entonces me refugié haciendo cancioncitas.

Antes del matrimonio no compuso nada, cantaba temas de otros (rancheras y boleros) que no la representaban, cantaba pero no había desarrollado todavía una voz propia que pudiera lanzar públicamente para expresar ese peculiar decir de mujer que se niega a participar de un discurso de sumisión basado en demandas de amor hacia el hombre. Chabuca se abre, sale del espacio doméstico, es viajera, incansable narradora de escenas sociales, corporales y sensuales. No es casual que su canción más representativa “La flor de la canela” sea un homenaje a la mujer. Una canción hecha por una mujer para otra mujer, contándole al hombre (“déjame que te cuente limeño”) la belleza femenina.

A los 40 años cantó por primera vez en público, quizás después de dejar pasar el tiempo suficiente para pagar el mandato de la época en relación a la mujer y su lugar en el mundo.

Chabuca fue una mujer vanguardista, una visionaria que tramó en sus manos pasado y futuro. Desde la paradójica cuna en la que nació, tejida entre sedas burguesas y mantos indígenas, parece andar siempre entre-dos mundos, en ese pliegue que se abre entre la añoranza de los estilos de vida coloniales y el clamor del pueblo por un mundo más justo .

Hablar de Chabuca Granda es introducirnos en un universo plural en el que la poesía y la música se anudan en la canción, volviéndola una herramienta expresiva con estratos temporales capaces de atravesar memoria y devenir. La música es tiempo, duración e instante. El movimiento de un instante hacia otro instante introduce la idea de duración, esto lo podemos experimentar en música

cuando ponemos atención al ritmo, que es una suerte de pulso entre dos nadas. Luego podemos caer en la cuenta de la experiencia a través de la cual el tiempo se espacializa en ese movimiento, y así se transforma en un lugar donde confluyen nuestras lenguas e historias.

Chabuca Granda es una compositora tremendamente rítmica, lo cual otorga a sus letras la cadencia y pasos de mujer latinoamericana; sus canciones portan el ajetreo que conlleva la búsqueda de nuevos matices sonoros y textuales, para traducir esa fibra de vida que late solapada bajo el ruido banal de lo cotidiano.

Recorriendo toda su obra, sus giros y cambios, encuentro que hay algo que se sostiene en constante repetición: la alusión al camino. El camino nos lleva por ciudades, las cuales ejercen una extraña fascinación, ya que en ellas algo se encuentra (o se pierde). Quizás sea la embriaguez del tránsito del tiempo, la construcción espacial de estilos de vida que dejan huellas en muros, farolas, esquinas, o el deambular de diversos personajes –cada cual con su historia y su motivo para dar un paso después del otro–, todo esto constituye una ciudad.

Ella caminaba entre recuerdos y ensoñaciones imposibles. Sus brillantes ojos parecían despertar a los aromos. Ella, mujer apasionada, insiste en encontrar el lenguaje del olvido, el sonido del recuerdo, para con ellos componer más allá de sus vísceras y su carne. Componer al aire, a otras voces, entrecortadamente tararear los matices de su amada ciudad. ¿Cómo narrarte, confundida Lima, si en ti viven multitud de lenguas, de tiempos, de colores? ¿Con qué sonido acompaño tu paso aturdido de amores y de sangre? Ella, mujer suave, de poesía y sonido, pensaba con el olor de la canela, rodeando heridas y riquezas con la fina arena que sostiene su voz.

*–Hay cosas que deben dormir –me decía.
–¿A qué te refieres?
–Me refiero a esa insistencia que desbarata la noche, que convoca al insomnio y que termina siendo un gigante que da vueltas a la nada.*

Su mirada parecía perderse en un mundo al que me era imposible acceder, sin embargo ella no cedía ante la necesidad de poner palabras a la bruma en la que sus ojos se perdían, con los párpados un tanto caídos, como quién afina la vista para mirar hacia adentro.

*–Mirar, mirar... es una trampa de espejos. Sabes que estoy pensando que he hecho una mala distribución de mis lugares... entre soñar y despertar hay una línea, un camino, que he trazado mal.
Hay un momento para despertar, para olvidar.*

Y de pronto parece sonar:

“extrañaré la rumia de mis sueños y la dulce molienda y la esperanza, ese constante hacer un alguien de algo, ese afán de castillos en el aire, ese arar en el mar de los ensueños, ese eterno soñar la adolescencia”¹.

Abrir los ojos y saber que soy, ahora, una extraña en esta tierra que no reconozco. ¿Qué pasó con Lima?

Lima, ciudad furiosamente dulce, trazada de tal manera que pareciera que el dibujante borró algunas zonas y olvidó recorrer nuevamente el trazo con el lápiz. De pronto, como sucede en muchas ciudades latinoamericanas, damos vuelta a una calle moderna, segura y con claros signos de prospe-

1. Canción *Ese arar en el mar*.

ridad, y nos encontramos con un páramo oscuro, caótico y sin ley. Cada cual inventa un nombre para llamar a las cosas, entre violencia y criolla seducción se intentan tejer algunos lazos. ¿Quién canta aquí? Probablemente los nuevos ritmos como la *cumbia* o la *chicha* tengan alguna clave, o algún marco para orientarse en las zonas no trazadas.

Estamos muy lejos de la Lima señorial a la que cantaba Chabuca Granda, aunque ella misma sabía la distancia que había entre su canto a un ideal y la realidad de una Lima que no es la de “otrora, tan querida y tan señora”².

Nuestra Lima tiene todo un cuerpo por ser recorrido y cantado, impregnado de olores y sensaciones que velen un poco la crudeza de los tiempos que nos atravesaron con terrorismo, violencia y corrupción. ¿Qué cantarían Chabuca en estos tiempos? ¿Qué diría de su Lima? ¿De su Perú “bello durmiente”³?

La canción popular tiene la peculiaridad de brindar al pueblo una articulación de letra y sonido para ir diciendo y contando aquello a lo que a veces no nos podemos aproximar de otra manera. Ni el periodismo, ni la literatura, ni la filosofía o el psicoanálisis tienen la capacidad de calar tan hondo como la canción popular. En Chabuca Granda se conjuga, además, el hecho de poseer una letra privilegiada, una potencia poética avasalladora, junto con una sensualidad y una complejidad musical fascinante.

En este libro haremos un recorrido de la mano de las canciones de Chabuca Granda por temas como la sexualidad, lo femenino/masculino, el recuerdo y el olvido, entre otros. Es decir, recorreremos esas zonas cuyos trazos son borrosos, para cantar en los umbrales de lo conocido, para entregarnos en aquello que nos interroga y recuperar el mapa de nuestra sensibilidad.

2. Canción *Zeñó Manué*.

3. Canción *Bello durmiente*.